



UNIVERSIDAD DE JAÉN
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Trabajo Fin de Grado

La literatura: un desafío para los traductores

Alumno/a: SAMOYLOVA BUCHERAUD Anna

Tutor/a: Prof. D. David González Ramírez
Dpto.: Filología Española

Junio, 2019

RESUMEN

La traducción, entendida como un proceso de interpretación y de equivalencia, se inscribe de manera imperceptible en la vida cotidiana. Se traducen palabras de una lengua a otra como se traducen obras, de una poesía a una música. Aquí, la traducción literaria ocupa un lugar preponderante. Los trabajos que ya se efectuaron sobre la traducción literaria se centran sobre teorías traductológicas, la documentación en la traducción o sobre ejemplos prácticos comparativos entre un original y una traducción. Este trabajo no pretende presentar al lector una visión novadora, sino que abarca unos elementos que fomentan una visión general de la traducción literaria y del papel del traductor.

Palabras claves: *Traducción, Literatura, Traducción literaria, Traductor*

ABSTRACT

The translation, understood as an equivalence and interpretation process, is in imperceptible line with the daily life. We translate words from a language to another as we translate piece of work, from poem to song. Here, the literary translation takes a leading place. The works which have been made on the literary translation is focused on the theories of translation, the documentation and concrete examples of comparative translation of original and translated book. This work no aim to present to the reader a new vision but includes a global vision of the literary translation and the job of the translator.

Key words: *Translation, Literature, Literary Translation, Translator*

Índice

I.	INTRODUCCIÓN -----	5
	1. <i>Objetivos</i>	5
	2. <i>Metodología</i>	6
II.	ORÍGENES E HISTORIA DE LA TRADUCCIÓN -----	7
III.	¿QUÉ ES LA TRADUCCIÓN? -----	10
IV.	LA FIGURA DEL TRADUCTOR -----	13
	1. <i>Formación y entrada en la vida laboral</i>	14
	2. <i>Labor de traducción</i>	14
	3. <i>Competencias del traductor</i>	16
	4. <i>Traductor-autor</i>	17
V.	PROCESO Y ÉTAPAS DE LA TRADUCCIÓN -----	18
	1. <i>Lectura y comprensión</i>	18
	2. <i>Búsquedas</i>	19
	3. <i>La traducción</i>	20
	4. <i>La revisión</i>	22
	5. <i>La edición y la difusión</i>	23
VI.	PROBLEMAS Y DIFICULTADES -----	23
	1. <i>Entender el texto</i>	23
	2. <i>Traducir el textos</i>	23
VII.	INFLUENCIA DEL TRADUCTOR -----	28
VIII.	HERRAMIENTA INTERNET -----	29
IX.	RESULTADOS Y CONCLUSIÓN -----	31
X.	BIBLIOGRAFÍA -----	34

I. INTRODUCCIÓN

Tratar de la traducción no es algo novedoso. Se escribieron muchos libros, artículos, tesis sobre este tema recogiendo todos los aspectos de la traducción, ya sea técnica, jurídica, literaria, médica... Al elegir la traducción literaria como tema para mi Trabajo de Fin de Grado, me he preguntado si el objeto de análisis no estaba agotado. He leído varios estudios sobre las teorías relativas a la traducción, sus modalidades, sus características, sus métodos, etc., pensando que ya todo estaba dicho a este propósito, antes de darme cuenta de que la dirección que quería dar a mi trabajo era un poco diferente. Decidí enfocarlo hacia la traducción literaria, por toda la complejidad y la sutileza que representa y porque tuve ocasión de traducir algunas obras literarias en la universidad. Esta experiencia me permitió enfrentarme, por una parte, a todas las dificultades que representaba este trabajo y, por otra parte, a la consideración que tienen los lectores, las editoriales, los teóricos y algunos autores del traductor y de su labor.

Cuando se habla de traducción, se piensa directamente en el pasaje de una lengua a otra –de una lengua de origen a una lengua de destino– que puede ser entendida o no por uno u otro de los hablantes. La traducción puede ser tanto oral como escrita –como expondré más tarde– pero lo que interviene en un primer tiempo en este fenómeno es la interpretación. En la vida cotidiana, cada uno de los seres humanos *interpretan*. Interpretan signos, que sean visuales, acústicos, sensoriales, lingüísticos. Todos estos signos que recibe el ser humano se enfrentan a sus conocimientos, su cultura, sus valores, su lengua y se *traducen*. Lo que vemos, lo que sentimos, lo que experimentamos es traducido por nosotros en emociones, en pensamientos, de manera instintiva, sin pensar en hacerlo. La traducción es un puente entre dos hablantes, dos lenguas, dos culturas, dos mundos con historias, expectativas, costumbres distintas. Aunque no se suele abordar el tema desde este punto de vista, es una de las visiones que tengo de la traducción y es, en un cierto grado, el enfoque que he dado a mi trabajo. La traducción literaria ofrece muchos aspectos que comentar, pero en vez de centrarme sobre uno en particular, he decidido combinar los que me parecían importantes: el papel del traductor, las dificultades a las que se enfrenta en su labor, las etapas que sigue y la utilización de medios actuales en su trabajo o sea internet.

1.1. Objetivos

Los objetivos de este trabajo consisten, en primer lugar, en demostrar la sutileza que requiere la traducción literaria, la complejidad que representa un tal trabajo que parece tan simple a primera vista. En segundo lugar, he querido valorar el trabajo y el papel del traductor, demostrando las competencias que debía tener, las dificultades que afronta en cada obra porque

me parecen ser muchas veces menospreciados los traductores y las traducciones. Matizar el uso de internet en las traducciones sale como una meta secundaria aquí, pero en nuestra sociedad parece conveniente abordar esta cara de la traducción. Otro objetivo, esta vez a nivel formal, fue el de reunir en un mismo trabajo distintos aspectos de la traducción, crear una visión global del tema.

1.2. Metodología

Para hacer este trabajo, he, en un primer tiempo, pensado a mis primeras impresiones al traducir un texto literario. Me he basado en esta primera experiencia para notar los problemas al elegir una palabra, al saber si debía o no modificar una frase y cómo lo podría hacer etc. y ya tenía una primera parte del trabajo esbozada. Me han venido a la mente las distintas traducciones que he leído, que sean los originales escritos en mi lengua materna y traducidas al inglés, al español, o el contrario. A veces notaba algunas incoherencias, y otras veces podía disfrutar de la traducción que me gustaba más que el original mismo. En este sentido me pareció natural preguntarme sobre la influencia que tiene el traductor sobre una obra, el poder que tiene de mejorar o empeorar una historia durante su trabajo, a causa o gracias a sus elecciones de traducción. Otro aspecto me ha despertado el interés: el uso de internet durante la traducción, sobre todo la literaria. Es un aspecto muy actual que presta a la contestación para ciertos aspectos de este trabajo. Partiendo con estas pistas, decidí empezar por algunas investigaciones. He fomentado una bibliografía que me permitió no solamente asentar mis opiniones, mis argumentos, sino que ampliar mis conocimientos sobre este tema. Esta bibliografía se compone sobre todo de artículos, algunos sitios internet y el libro de Umberto Eco, *Decir casi lo mismo* (2008) que había leído hace algunos años.

He decidido empezar por hablar, brevemente, de algunos periodos en los cuales se ha desarrollado la traducción. Esta breve contextualización me permitió desembocar sobre lo que es, fundamentalmente, la traducción. Forman las bases del trabajo, sobre las cuales se apoyen las partes siguientes. Presentar el traductor, sus características, los distintos aspectos de su trabajo completan esta contextualización. Una nueva parte, complementaria, presenta las etapas que sigue el traductor en su trabajo, y es seguida por los problemas y las dificultades que condicionan estas fases de traducción.

II. ORÍGENES E HISTORIA DE LA TRADUCCIÓN

Desde los albores de la civilización y del uso de la palabra, los pueblos debieron encontrar una manera de comunicar: cada uno de ellos hablaban una variante dialectal que les era propia, debiendo enfrentarse a problemas para entenderse. Entre pueblos originarios de distintas regiones, los idiomas podían variar de tal forma que era imprescindible recurrir en un primer tiempo a la interpretación y en un segundo tiempo a la traducción, sobre todo cuando se desarrolla la escritura. En su trabajo, Parkinson dice que “la traducción es un quehacer muy antiguo” y hasta “la civilización babilónica utilizaba traductores” (1984: 91), comprobando que esta práctica no es reciente y tampoco los cuestionamientos que genera.

En 1799, se halla la piedra de Rosetta, uno de los testimonios los más antiguos de la traducción escrita, considerando que data del año 196 a.C. Esta piedra es un decreto que reúne en un mismo soporte tres lenguas distintas: el griego, la escritura egipcia y la demótica –“dicho de una escritura del antiguo Egipto: De forma simplificada hierática, propia de la casta sacerdotal” (según el *DLE*)–, descifrada por el francés Champollion. Nunca se había alcanzado a entender lo que querían decir los signos jeroglíficos hasta este descubrimiento y este testimonio es importante tanto para la historia como para la comprensión de una escritura tan antigua. Suscitó el interés de la población y de los especialistas, pero sobre todo atestigua una cierta tradición de traducción a la cual fueron sensibles los egipcios y quizás otras civilizaciones.

Más tarde, en la época de auge romano y griego, se produjeron varias traducciones textuales del griego hacia el latín. Fueron sobre todo textos jurídicos, administrativos, filosóficos y religiosos el centro de interés de la época. Se quisieron traducir algunos textos sagrados, cuyo testimonio más relevante es la traducción del Antiguo Testamento (400 a.C.). Este texto religioso, escrito en hebreo, se tradujo en griego cuando el hebreo empezó a desaparecer y, de esta manera, se guardó una copia de esta obra. Se lo tradujo de nuevo un poco más tarde del griego hacia el latín. La Vulgata (siglo II d.C.), traducción de la *Biblia* emprendida por San Jerónimo, fue la traducción la más importante del momento y este hombre se volvió en el patrón de los traductores. El papel de la Iglesia en el acceso al saber y su difusión le otorgaba de hecho un peso muy importante en la sociedad de la época. Saber leer y escribir estaba reservado a una parte menor de la población y se transmitía el saber de manera oral al resto de la gente. Era una manera de controlar el pueblo controlando su saber y, más tarde, su acceso a los libros. Explica que las traducciones literarias de la época concernían sobre todo a los textos sagrados y religiosos.

La conquista de Castilla por los árabes dejó importantes huellas en la traducción: convivían tres culturas diferentes –castellana, árabe, judía– con sus idiomas, sus culturas, historias y prácticas. Cada cultura pudo aprender la una de la otra, adaptar su vida y su pensamiento. La traducción fue una de las prácticas que se absorbió de la cultura árabe: en los siglos IX y X, Bagdad se había convertido en un lugar muy importante en el cual se traducían textos filosóficos, científicos y religiosos desde el latín o el griego al árabe. Se proporcionaron varias copias, traducidas, de textos originarios de países adyacentes y se fomentó una riqueza literaria bastante importante. Se implantó este trabajo en primer lugar en el sur de Castilla, y en el siglo XII se creó la conocida Escuela de Traductores en Toledo. Se vuelve Toledo en el centro de la traducción castellana y el país se constituye su propia riqueza literaria, textual, pero su importancia no solo se extiende a la península sino a los territorios cercanos:

La nueva Escuela de Traductores de Toledo no sólo acoge el espíritu diluido pero latente a lo largo del tiempo de su homonimia medieval, la que con sus traducciones favoreció la circulación de las ideas entre el Mundo Árabe y Europa y contribuyó a sentar las bases filosóficas y culturales del Renacimiento europeo, sino que desarrollando una intensa labor de traducción, formación de traductores de árabe y hebreo, investigación y organización de actividades culturales y congresos nacionales e internacionales centrados en el mundo mediterráneo, esta nueva Escuela trabaja por difundir un espíritu de cooperación y convivencia sobre el que construir a través de la traducción un área de paz y entendimiento intercultural. (P. Cañada, 2016: 2).

En un primer tiempo, la traducción concernía a textos principalmente filosóficos, científicos y religiosos. El método utilizado por los traductores era complejo y propicio a errores: se leía el texto a traducir en su lengua original a una persona quien lo traducía al romance y un tercer traductor lo escribía en la lengua de destino. Al llegar Alfonso X al poder en el siglo XIII, la traducción se extiende a textos astronómicos, médicos, históricos, jurídicos y literarios. Ya la práctica requiere un solo traductor, quien se encarga de leer el texto de origen y traducirlo en la lengua de destino. Al extenderse la traducción a nuevos géneros textuales, se piden esfuerzos para dejar de traducir todo palabra a palabra (o sea, no traducir literalmente, sino adaptar al sentido, a la forma y a la musicalidad de los textos literarios frente a los especializados como los científicos o médicos que no impiden la traducción literal). Al trabajar juntos, se fomenta un ámbito de intercambios y se comparten varias culturas.

En la Edad Media, se inventa la imprenta. En 1453, Johannes Gutenberg inventa un método que ya no requiere ir copiando los libros a mano, sino que lo hace una máquina. El

primer libro en imprimirse fue la *Biblia* (1455). Marca un nuevo gran cambio en la historia de la literatura y de la traducción. Los libros ya se fabrican más rápidamente y en mayor cantidad, permitiendo que se difunda la literatura. Gracias a este proceso, se generaliza la lectura y más gente se permite comprar un libro, pues su precio baja gracias a este método de producción. Pueden llevarse libros en viaje en los países de proximidad y se puede difundir la literatura. Más gente empieza a leer y los estados ven en este fenómeno una oportunidad para difundir pensamientos e ideas a mucha más gente, sobre todo dogmas religiosos.

El Renacimiento, que marca el deseo de recuperar textos antiguos y originales, marca una influencia sobre el ámbito de la traducción: se deben cuidar los testimonios que se recuperan y se generan nuevas traducciones.

El esplendor de la traducción coincide con el Renacimiento español en el siglo XVI. Boscán vierte con maestría inigualada a los italianos. Fray Luis de León traduce a Horacio, Virgilio y varios poemas y fragmentos bíblicos. El genio poético de Fray Luis soslaya el traslado literal, y sin traicionar a los traducidos, produce sus notables paráfrasis, más allá de la traducción libre. (Nuñez, 1952: s.p.).

Es en el siglo XVIII cuando se “señala el retorno a la traducción formalista y literal” (Nuñez, 1952: s.p.). Varios autores de tesis doctorales, de libros y de artículos citan a Cervantes al hablar de traducciones literarias, que el autor calificó de “tapiz vuelto al revés”. Es muy interesante ver que, ya en esta época, se consideran las traducciones como copias menos apreciables que las obras mismas. Y, de hecho, se puede considerar que si las traducciones se mantienen como literales, los lectores no se interesen tanto en tales obras. Se pierde el interés de una obra con una traducción que no tiene sentido, que solo traduce las palabras sin recrear los vínculos entre estas mismas palabras. Si se utiliza un método no compatible con la literatura en la traducción, no puede resultar una buena obra y se entiende porqué tiene tal opinión Cervantes. Por lo menos, no se puede condenar a todas las traducciones y tampoco a los traductores, que no siempre pueden traducir de una manera diferente a la literal. Ya se olvida más el uso de las lenguas clásicas como el latín, el griego no se lo habla, se estudia menos que antes y no se puede recriminar a los traductores que no alcanzan el nivel de sus predecesores.

El siglo XIX permitió impulsar la comunicación entre varios países, sus vínculos, y se pudieron compartir aún más cosas. La literatura, por ejemplo, se difunde más fácilmente. Con los avances tecnológicos de los últimos años, se perfecciona la edición de libros; ya no son tan frágiles como antes, se producen más y empiezan a venderse al extranjero (en las principales lenguas: el inglés, el francés, el español). Ya no se trata de guardar por sí mismo testimonios

de su cultura, su historia, su literatura, sino que se vela por la expansión de la misma cultura e historia mediante la literatura (Puerta, 2017).

Por lo menos, con los acontecimientos del siglo XX (las guerras, sobre todo), se quiso engañar y controlar a la población, y, entre la censura y la propaganda, todos los medios escritos se volvieron en una herramienta calculada, pensada para servir a los intereses propios. En tales condiciones, se puede comprobar que ciertas traducciones, que sean literarias o no, sirven los intereses de los países que les traducen, se permite, en ciertos casos, conservar algunos testimonios que son deformados por los traductores. Eurrutia sostiene que:

Es en la lengua donde se esculpe la historia de un pueblo. Las palabras que la componen y el discurso en el que se expresan, traducen los valores de un patrimonio común que cada generación se esfuerza en transmitir, corrigiéndolas e interpretándolas según los criterios y costumbres de la época. (1996: 445)

Una vez presentada brevemente la historia de la traducción, o por lo menos algunos pasos principales por los que atravesó, podemos ya entrar en explicaciones de lo que es la traducción. En este sentido, en la próxima parte me encargaré de presentar algunos puntos de vista sobre la traducción.

III. ¿QUÉ ES LA TRADUCCIÓN?

Eco introduce su libro *Decir casi lo mismo* con estas palabras:

¿Qué quiere decir traducir? La primera respuesta “decir lo mismo en otra lengua” sería una buena respuesta, y también consolatoria, si no fuera porque, en primer lugar, tenemos muchos problemas para establecer qué significa “decir lo mismo”, así como tampoco sabríamos dar una respuesta satisfactoria para todas esas operaciones que llamamos paráfrasis, definición, explicación, reformulación, por no hablar de las pretendidas sustituciones sinonímicas (2008: 8).

Y, de hecho, ¿qué es realmente traducir? Todos conceptualizamos este término a nuestra manera, influenciados por nuestras propias experiencias, educación, conocimientos. Pensamos, sobre todo, en el pasaje de una lengua a otra mediante la ayuda de un diccionario para entender palabras desconocidas de uno u otro interlocutor, ¿pero es tan simplista la traducción?

En un primer tiempo, hay que definir de qué tipo de traducción se trata: ¿oral o escrita? ¿directa o indirecta? Son primeras pistas que hay que considerar antes de abordar la traducción en su globalidad. En el caso de que sea una traducción oral, ¿se piensa en una conversación

entre dos hablantes? ¿De un discurso que se escucha en directo, en la radio o en la televisión? ¿De una película, una representación teatral? Según si son situaciones directas o indirectas, no se va a traducir de la misma manera. Se utilizará por cierto un diccionario –o toda fuente lexicográfica, que sea en formato papel o consultable en línea– para poder buscar una palabra o expresión que no se entienda, pero no necesariamente se desencadena la obligación de hablar, de responder a su turno, solo puede ayudar a la comprensión. Para la traducción escrita, se debe delimitar el contexto en el cual se debe traducir –¿hay que contestar a un correo o a una carta muy pronto, o hay un tiempo determinado para traducir el texto? O sea, ¿es urgente?– el soporte textual también define de cual traducción se va a tratar: un libro, especializado o no, una información, etc.

La traducción literaria se destaca de todos los otros tipos de traducciones por varias características que expondré en mi trabajo. Aquí, conviene dar unas pistas para definir en su globalidad lo que es la traducción. Eurrutia lo define de la manera siguiente:

La traducción literaria se ejerce fundamentalmente sobre textos, entendido por tales, un conjunto de signos que el traductor debe analizar y desmontar para comprender bien su significado y, posteriormente, volver a montar en lengua terminal otro conjunto de signos cuyo funcionamiento sea equivalente al original. (1996: 447)

“Los signos” aquí mencionados y “lo mismo” evocado por Eco son los elementos que, o bien no se entienden por parte de un cualquier lector, o bien se deben traducir por el traductor y que, al final, son como una conversión de palabras, de expresiones, de frases de una lengua A a una lengua B.

Eurrutia añade que la traducción literaria es

Una posibilidad de entablar un dialogo creador con el original, además de ser el medio más eficaz de asegurar una auténtica difusión de ciertas obras, entre el conjunto de la población. [...] Desde el punto de vista social, la traducción se convierte por una parte, en instrumento de transmisión de valores, y por otra, fomenta el enriquecimiento de la propia lengua, su evolución. (1996: 445).

Se entiende por eso la traducción como un acta social, histórico, que preserva además de difundir obras literarias y, mediante estas, el idioma, la riqueza lingüística propia a cada pueblo, a cada cultura.

En la literatura, se suele abordar el tema de la reescritura y, en la traducción, ¿no se podría también hablar de reescritura? Supuestamente sí. Aunque cada obra literaria sea diferente de la

otra por ciertas características –que sean los personajes, el ámbito en el cual ocurre la historia– a nuestro siglo ¿podemos seguir hablando de obras únicas, originales? ¿No se han explorado ya todos los mundos, todas las personalidades, todas las características que pueden constituir una obra? No es el asunto principal de este trabajo y no se adelantará más sobre este tema, pero parece pertinente tratar de la reescritura al hablar de traducción literaria porque, de hecho, es una re-escritura, una nueva escritura de una misma obra, con ciertos cambios y sobre todo en una nueva lengua. La reescritura como la traducción permiten hacer sobrevivir unas obras, ya antiguas, a veces antepasadas, renovarlas simplemente. La traducción y la reescritura permiten renovar una obra, pero también explotar rasgos que no lo ha hecho el original. Lo que Eco dice, a propósito de su propia experiencia, completa esta opinión:

Por otra parte, en el curso de mis experiencias como autor traducido, fluctuaba continuamente entre la necesidad de que la versión fuera ‘fiel’ a lo que había escrito y el descubrimiento de cómo, en el instante en que se decía en otra lengua, mi texto podía (es más, a veces debía) transformarse. Y si algunas veces notaba imposibilidades –que de alguna manera había que resolver–, más a menudo aún notaba posibilidades: es decir, notaba cómo, en contacto con la otra lengua, el texto exhibía potencialidades interpretativas que yo desconocía, y cómo a veces la traducción podía mejorarlo. (2008: 12)

Cada traducción se caracteriza por algunos criterios que varían. En su trabajo *Literatura y traducción*, Eurrutia expone los rasgos que, según ella, la componen:

- “Se dirige a un público diferente.”
- “Se desenvuelve en una óptica diferente.”
- “Procede de la creación literaria. [...]”
- “Exige el conocimiento histórico de la lengua [...]”
- “Ocupa un papel relevante en el proceso literario. [...]”
- “Se convierte en objeto de numerosos estudios.”
- “Posee personalidad jurídica. [...]”
- “Llega a convertirse, al igual que el original, en una obra de arte.”
- “Es una traducción personalizada.” (1996: 452).

Un cómic, un libro para niños, una novela fantástica, un cuento, no van a dirigirse al mismo conjunto de personas. Según la edad, según la cultura, el país, la lengua, no siempre van a traducirse las mismas obras y tampoco con el mismo grado. A lo largo de este trabajo, se van a explotar los criterios aquí expuestos para explicar por qué se elige hacer un cierto tipo de

traducción y cómo se alcanza el trabajo final. Las grandes líneas que representan el trabajo de traducción se resumen en la lectura del texto, su comprensión, su traducción y su revisión. Aunque se profundizará en el proceso de traducción en la parte “Fases y etapas traductológicas”, se puede adelantar diciendo que para que resultase buena y correcta una traducción, no basta con conocer bien la lengua de origen y la de destino (lengua traducida y lengua de traducción) sino que hay que acudir a conocimientos sobre la cultura que corresponde respectivamente a cada idioma.

Desde un punto de vista tipológico, existen varias traducciones: divulgativas, literarias, técnicas, jurídicas, económicas, médicas, científicas, etc. A cada tipo de traducción, se va adaptando el vocabulario, el estilo: no va a traducirse de la misma manera un poema que un texto que explica el funcionamiento de una máquina. Vinculado a los tipos de traducción, existen varios modelos que lista Parkinson: “la transcripción”, “la traducción literal”, “los prestamos traducidos”, “la sinonimia léxica”, “la transposición”, “la modulación”, “la contracción”, “la expansión”, “la reestructuración”, “la modificación” (1984: 107-109). Se acude a un modelo preciso en función de la situación que se presenta ante el traductor. A cada situación, su solución. Eco escribe:

Así pues, traducir quiere decir entender tanto el sistema interno de una lengua como la estructura de un texto determinado en esa lengua, y construir un duplicado del sistema textual que, según una determinada descripción, pueda producir efectos análogos en el lector, ya sea en el plano semántico y sintáctico o en el estilístico, métrico, fonosimbólico, así como en lo que concierne a los efectos pasionales a los que el texto fuente tendía. ‘Según una determinada descripción’ significa que toda traducción presenta unos márgenes de infidelidad con respecto a un núcleo de presunta fidelidad pero la decisión sobre la posición del núcleo y la amplitud de los márgenes depende de las finalidades que se plantea el traductor (2008: 13).

IV. LA FIGURA DEL TRADUCTOR

El traductor, desde el punto de vista general, es la persona que se encarga de la labor de traducción, o sea quien se ocupa de reproducir una obra en una determinada lengua, distinta de la del original. Muchas veces, al hablar del traductor, tenemos una visión anticuada de una persona bastante vieja, rodeada por miles y miles de libros y diccionarios. Pero tiene un papel más importante:

En el siglo XX el traductor literario sale de su aislamiento para formar parte activa en la sociedad y contribuir con su labor, a su edificación y progreso. Permittiéndonos el

acceso a la cultura, favorece nuestra apertura a nuevos sistemas de valores y fomenta la tolerancia (Eurrutia, 1996: 456).

Para ver de quien se trata, se van a abordar brevemente la formación que sigue y su entrada en la vida laboral, su trabajo, las competencias generales que debe presentar y, por último, una cara que no se valoriza en el traductor: la de autor.

1. Formación y entrada en la vida laboral

Los traductores suelen seguir o bien cursos universitarios al salir del instituto en universidades que ofrecen la carrera de traducción, o bien pueden formarse después, con cursos y formaciones muy completas que les permiten diplomarse. En general, los cursos de traducción forman al estudiante a emplear y conocer la lengua y sus distintos usos, tanto modernos como antiguos. Se estudian las distintas teorías traductológicas que presentan las numerosas visiones de la traducción a lo largo de los siglos. Se dispensan también cursos sobre los métodos de traducción, la historia, la cultura general, en un cierto grado, sin olvidar la práctica de la traducción.

Encontrar un trabajo dentro de este ámbito no es una tarea fácil: son los traductores que se ponen en contacto con las casas editoriales para poder esperar encontrar un empleo. Los recién diplomados no suelen poder integrar una editorial: esas requieren casi siempre una experiencia y una fiabilidad que no tienen esas personas (Morató: 2010).

2. Labor de traducción

Son las editoriales que estudian el mercado literario y que deciden cuáles libros se van a traducir o no y en cuáles lenguas. En este contexto, los traductores que ya tienen su plaza en una editorial no eligen libremente lo que van a traducir y no siempre se encargan por sí solos de una obra: la extensión de la obra que se debe traducir, su lengua (de origen o de destino) y la popularidad influyen mucho sobre el número de traductores que tienen que encargarse de su traducción. Cuando se trata de grandes obras muy vendidas en la lengua de origen, los best-sellers, requieren que se fomente un conjunto de traductores para poder ofrecer a los lectores una buena traducción. Para ciertas editoriales, importa más una buena traducción de un libro muy vendido y famoso que una obra que se va a vender muy poco y que es casi desconocida del gran público. En este contexto, son dos o más traductores quienes van a concertarse para reunir sus esfuerzos sobre estos best-sellers. En el caso de que se trate de una obra escrita en una lengua poco común o, por lo menos, menos utilizada sobre todo en Europa –como el árabe,

las escrituras asiáticas, o cirílica–, varios traductores pueden trabajar de manera conjunta sobre un mismo libro.

Otra cara del trabajo de traducción es la recuperación de traducciones, su verificación y su reactualización. Según la visión que se tiene de la literatura, se tendrá la misma de la traducción: se considera que las obras son eternas, que se inscriben en la historia, en el tiempo, o todo el contrario, son de tiempo limitado. Por lo menos, “las traducciones suelen tener una vida media de cuarenta o cincuenta años (no solo en su vigencia lingüística sino en el propio mercado)” (Morató, 2010). Los traductores pueden ocuparse de leer las traducciones antiguas, verificarlas, algunas veces traduciendo de nuevo el texto o bien aportando ciertas aclaraciones al lector. El hecho es que la lengua evoluciona constantemente y una traducción que estaba clara para las generaciones precedentes no lo estará para la generación contemporánea. En este sentido, tomar de nuevo traducciones pasadas permite por una parte constatar una evolución – lingüística, social, histórica, literaria– y por otra parte hacer sobrevivir la literatura mediante una lectura aclarada, comentada. Las notas a pie de página permiten explicar ciertas expresiones o palabras al lector moderno quien, quizás, leerá con más placer una obra si la entiende. Retomar estas traducciones permite también tener un nuevo punto de vista sobre el pasado, se entiende cómo ciertos autores vivieron pasos históricos, permite reconstruir una parte de lo que reúne el país, el pueblo: la historia, la cultura y la lengua.

La traducción de textos antiguos sigue siendo un trabajo actual. Pensamos que, en nuestra sociedad, ya se han traducido todos los textos antiguos posibles en un máximo de lenguas. En realidad, la situación es un poco más compleja. La traducción es un trabajo que se reactualiza, no se traduce una vez una obra en una lengua, sino que se hace varias veces y en lenguas distintas. Se deben revisar las traducciones y sobre todo las que datan de tiempos pretéritos. De hecho, la mayoría de los textos antiguos se han traducido a partir de traducciones. Junto a los filólogos, quienes se encargan de recuperar o buscar los originales, los arquetipos, los testimonios, el traductor por su parte busca a reunir las distintas traducciones. Puede después compararlas y juzgar la evolución del lenguaje, por ejemplo, entender a veces el sentido de un pasaje que, como resultado de una sucesiva recopilación, ha perdido su sentido original.

Por este proceso de recopilaciones, se van generando variantes textuales, errores que van modificando el texto sobre el cual se basa el siguiente si se recopila o traduce. Por un deseo de encontrar y volver a los originales, se emprende un gran trabajo por parte de los filólogos, pero los traductores también tienen un papel en este proceso. Pueden intentar recuperar una edición literaria a partir de varias copias de textos traducidos y no traducidos. Se encargan también a retomar traducciones de poemas, obras teatrales, tragedias que se han recuperado para crear una

nueva traducción, que se adaptará, según los criterios dictados por el editor, a niños, estudiantes, especialistas o al gran público. Ciertas anotaciones que va a hacer el traductor mismo pueden ayudar al lector.

Es difícil de traducir un poema. Primero, a causa del ritmo y de la musicalidad. Al traducir, ¿se deben conservar los versos de la obra original? ¿Se deben añadir o suprimir hiatos o sinalefas o dialefas para respetar la versificación o solo se debe cuidar el sentido y la musicalidad? ¿El vocabulario, muy antiguo, se debe conservar o modernizar? Si no existen equivalencias entre dos lenguas antiguas, ¿cómo debe reaccionar el traductor? Son tantas cuestiones que aparecen en general al traducir un poema, pero cuando es un poema del renacimiento, por ejemplo, se complica la tarea. Y suceden las mismas preguntas cuando se quiere traducir una tragedia, por ejemplo. Cada traductor elige sus propios criterios, aunque tenga reglas comunes a todos los traductores, cada uno de ellos tiene cierta libertad en su trabajo.

3. Competencias del traductor

Para definir las competencias que debe tener un traductor, Gómez retoma el artículo “Un enfoque modular de la didáctica” escrito por Marisa Presas y publicado en 1999, que presenta las características que la autora estima ser necesarias para poder estar traductor:

“-Competencia comunicativa en ambas lenguas:

Competencias gramatical, sociolingüística y discursiva.

-Competencia extralingüística:

Conocimientos teóricos sobre la traducción, conocimientos biculturales (que engloban conocimientos ecológicos, formas de vida social y sistemas institucionales), enciclopédicos y temáticos.

-Competencia instrumental y profesional:

Conocimiento y uso de las fuentes de documentación, de las nuevas tecnologías y del mercado laboral.

-Competencia psicológica:

Competencias y habilidades psicomotoras de lectura y escritura facultades cognoscitivas (memoria, creatividad, atención, etc.) y ciertas actitudes psicológicas como curiosidad intelectual, por poner un ejemplo.

-Competencia de transferencia

Competencia de recepción del texto de origen, competencia de elaboración del proyecto de TT y de competencia de producción.

-Competencia estratégica, la cual consiste en los procedimientos utilizados para resolver los problemas encontrados en el proceso traductor.” (2003: 6)

Cortés (2010), por su parte, lista en su artículo un resumen de los requisitos principales al dedicarse a la traducción: “la humildad”, “sensatez”, “sentido estético”, “paciencia”, “cultura”, “naturalidad”, “buena pluma”, “dominio de su lengua”, “actualidad” y “amor”. Para ella, son tanto caracteres y cualidades que se aplican a la hora de traducir una obra: se debe cuidar la historia, el texto, el estilo del autor como se cuida la lengua, su sintaxis. Se debe tener muchos conocimientos; no es suficiente leer una obra en una lengua materna o extranjera y producir una traducción que, supuestamente, será bastante mala. Al dominar su lengua, su cultura y las de origen o de destino (dependiente de la traducción que se hace), un traductor debe saber explicar las dificultades frente a las cuales se encuentra, como lo dice justamente Eco:

[...] he tenido largas conversaciones con los traductores (previamente y durante la elaboración), de suerte que he descubierto que, si el traductor o la traductora son inteligentes, pueden explicar los problemas que surgen en su lengua incluso a un autor que no la conoce. (2008: 11).

Porque al explicar a alguien los problemas a los que se enfrentan o las soluciones que se eligen, se aprecia los conocimientos del traductor de las dos lenguas, de las dos culturas, se ve que tiene todo claro y que no se deja traspasar por estas mismas dificultades que se le plantean. Un traductor no es solo un traductor; como asegura Morató (2010), “La labor del traductor literario como descubridor, introductor y divulgador de autores no es, por tanto, nada nuevo, como tampoco lo es la confluencia de escritor y traductor en una misma persona”.

4. Traductor-autor

Muchas veces, el traductor es visto solo como traductor, a pesar de que recrea una obra, en otra lengua, recrea el universo del autor, su lenguaje, las impresiones que transmite la obra original. Es muchas veces menospreciado el trabajo de este traductor que tiene sin embargo tantos recursos. Morató escribe a propósito que “la Ley de Propiedad Intelectual (LPI) y sus posteriores refundiciones han garantizado un papel cada vez mayor en nuestro país a la figura del traductor, que ya es, desde hace décadas, autor.” (2010). Esto abre una nueva puerta para la valoración de los traductores, que no se consideren como simples piezas de una máquina en la traducción, sino que son personas creativas, a imagen de los autores. El traductor puede ser considerado, como hemos visto, como un propio autor: ha adaptado una obra, la ha reescrito, en otra lengua, eso es cierto, pero también ha aportado sus propias modificaciones.

Ya esbozada la figura del traductor, ¿cuáles son las fases que caracterizan su trabajo y cuáles son las etapas que debe seguir para ofrecer al lector una traducción fiel y armoniosa?

V. PROCESO Y ÉTAPAS DE LA TRADUCCIÓN

Para la mayoría de la gente, la traducción es una cosa fácil de hacer. Muchos piensan que basta con acudir a un diccionario para ir traduciendo palabra a palabra el texto que no entienden o sobre el cual trabajan. La realidad resulta ser mucho más compleja. De hecho, no solo se deben traducir las palabras sino la intención del autor. La traducción literaria es uno de los trabajos los más difíciles de realizar por varias razones, que veremos más abajo, pero primero hay que ver por cuales procesos o etapas pasa la traducción.

En primer lugar, hay que leer el texto que se quiere traducir y entenderlo, hacer –en ciertos casos– búsquedas sobre el autor, el contexto en el cual se escribió la obra y en el cual se va a vender, la finalidad del texto, a quién se dirige y la cultura en la cual se venderá. Eurrutia explica que:

En este proceso distinguimos tres etapas: 1. Comprensión del texto del que se parte; 2. Redacción del nuevo texto; 3. Evaluación del resultado obtenido y de las estrategias utilizadas. Así pues, la traducción engloba al mismo tiempo tres estados, en correspondencia con estas tres fases: proceso – práctica – producto. (1996: 446)

1. Lectura y comprensión

Antes de todo, parece claro que se va a leer el texto sobre el cual se va a trabajar. Quizás será pertinente, en un primer momento, leerlo disfrutando de la historia, del mundo en el cual nos sumerge el autor. Hay que ver la obra con los ojos de cualquier lector, no como traductor. Es una parte importante porque permite recoger las primeras impresiones sobre la historia, los personajes, el vocabulario y fomenta una base para el trabajo que va a ser cumplido más tarde. En un segundo momento, se lee de nuevo la obra, esta vez con ojos más profesionales y críticos. Esta lectura sirve para anotar el texto, por ejemplo, poniendo de relieve cosas que no entienda el traductor, elementos sobre los cuales ya tiene dudas para la traducción –expresiones idiomáticas, figuras retóricas, nombres de lugares o de personas, extranjerismos, estilo particular– o frases que ya sabe que serán modificadas. Le permite que sobresalgan elementos para no olvidar durante las siguientes fases de su trabajo.

Como todos los lectores, el traductor puede pensar haber entendido la obra escrita por el autor, pero a veces se engaña y pasa ante elementos que son importantes. Es interesante ver

cuáles son los traductores que se ponen en contacto con los autores para poder compartir las impresiones del uno y las intenciones del otro. Saber qué ha querido transmitir el autor y definir los elementos precisos que pueden orientar el traductor en su trabajo pueden ser puntos que se deben explorar en esta etapa. Hay ciertas cosas que quizás el autor no quiere ver sustituidas o suprimidas en el trabajo final y es una manera para él entretenerse con su traductor para que le convenga esa traducción.

2. Búsquedas

Una vez que se ha leído y entendido la obra, se puede proceder a ciertas búsquedas. ¿Pero las cuáles?

2.1. Sobre el autor y sus obras

Es importante buscar informaciones sobre el autor o ponerse en contacto con él por distintas razones. La primera, como hemos visto, para poder intercambiar sobre la comprensión del texto y la traducción misma. La segunda, para entender el universo propio al autor. ¿Quién explicará mejor que el autor mismo cual universo, mundo literario le gusta y que fomenta en sus o su obra? A un autor le puede gustar el mundo policiaco, fantástico, real, etc., y en ciertas o en todas de sus obras pueden suceder las historias en estos universos en particular. Pero más allá de eso, cada autor tiene una visión muy precisa de este mundo en particular, a cada uno se vinculan elementos propios, distintos de todos los otros, lo que hace su singularidad. Puede ser muy relevante en ciertos casos saber en qué contexto personal se ha escrito la obra, si el autor ha atravesado fases o acontecimientos sobresalientes durante la escritura que quizás permite entender no solamente el libro que se va a traducir, sino por qué los personajes son o actúan de cierta manera. Entenderlo puede ayudar a traducir y transmitir mejor la obra, no se puede traducir de manera perfecta algo que ya no se entienda.

¿Por qué es importante leer otras obras escritas por el autor? Porque, como hemos repetido, permite entender el universo propio de este autor. Lo más interesante es acudir a obras ya traducidas para ver cómo se ha trabajado la obra original. Quizás existen traducciones de este autor en la lengua a la que justamente se va a traducir. Si este caso se presenta, es importante ver cómo se han abordado el lenguaje y el estilo del autor y como se han interpretado características de los personajes, impresiones de lugares, el universo en el cual sucede la trama.

2.2. Sobre la cultura de origen y de destino

La cultura es algo que se vincula a todo: el lenguaje, las experiencias, etc. Se hace parte integrante de la vida de todos y no se puede evitar; todos tienen una cultura o bien propia a su

nacionalidad, el lugar donde vive, o bien unas culturas que se han heredado de viajes, de conversaciones e intercambios con otras culturas, distintas de la que se heredó desde la infancia. No es el sujeto principal de este trabajo, pero la traducción forma parte de esta cultura y, según el lugar donde el autor vivió o las experiencias que tuvo, el peso de su cultura puede variar con respecto a otro autor. Antes de empezar a traducir, saber cuáles son las características de la cultura que se vincula a la lengua de escritura del original ayuda quizás a entender mejor la lingüística del libro y los lugares, comportamientos y situaciones a las cuales se enfrentan los personajes inventados por el autor.

Las culturas de origen y de destino no siempre coinciden. A cada una se vinculan valores, usos, costumbres propias, del mismo modo que los puntos de vista y la mentalidad. Según si el traductor es originario de una cultura u otra, debe buscar elementos para entender la cultura de llegada.

2.3. *Sobre la lengua de origen y de destino*

Cada lengua tiene sus propias características. El léxico de cada idioma es tan rico que, aun conociendo una lengua, no se aprende todo el vocabulario, todas las definiciones que pertenecen a una sola palabra y sus usos, ni tampoco todas las expresiones idiomáticas que cambian de una región a otra. A pesar de que un traductor sea culto, no siempre tiene conocimiento de todas las sutilidades de su propia lengua, y en este contexto, ¿cómo podría conocer de manera perfecta una lengua extranjera? No puede basarse solo en sus conocimientos durante una traducción. Con la experiencia, se va a aprender ciertos usos, expresiones, palabras, pero debe tener cuidado de lo que piensa entender pero que, en realidad, tiene otro sentido. Los sinónimos y homónimos, por ejemplo, no siempre tienen los mismos valores cuando se pasa de una lengua a otra, como se explicará en *Problemas y dificultades planteados por la traducción*.

No se van a requerir los mismos esfuerzos de traducción entre dos lenguas bastantes próximas como el español y el italiano que entre el inglés y el ruso o el chino. Los caracteres alfabéticos ya no son los mismos, y tampoco los sonidos, los sistemas de sintaxis, los pronombres, etc., muchos elementos cambian, y en este sentido, aunque se conoce bien una lengua, no se puede pasar de algunas búsquedas o fuentes de información.

3. La traducción

La traducción pide muchos esfuerzos y, una vez realizado el trabajo previo de documentación, búsquedas, entretenimientos con el autor, varias lecturas y anotaciones, se debe pasar a la práctica. Según he dicho al principio de este trabajo, traducir va a la par con interpretar, y se debe pasar de una lengua a otra conservando la sutileza del lenguaje, el papel

de cada elemento textual, el estilo y la forma del original. La traducción plantea muchas dificultades, son muy variadas y no tienen una solución miraculosa, sino que pide al traductor un esfuerzo de “negociación”, como lo llama Eco:

Podemos preguntarnos cuáles son las partes en juego de este proceso de negociación. Son muchas, aunque a veces carecen de iniciativa: por una parte, están el texto fuente, con sus derechos autónomos, acompañado a veces por la figura de un autor empírico –todavía vivo– con sus eventuales pretensiones de control, y toda la cultura donde el texto nace; por la otra, están el texto de llegada y la cultura en la que se introduce, con el sistema de expectativas de sus probables lectores y, a veces, incluso la industria editorial, que prevé distintos criterios de traducción según se haya concebido el texto de llegada para una severa colección filológica o para una serie de volúmenes de entretenimiento. (2008: 14-15)

La negociación forma parte del lenguaje habitual, en la vida cotidiana, cuando un término se utiliza, se “negocia”, entre los dos locutores, un mismo significado al pronunciar una palabra, una frase. Esa misma negociación se puede aplicar a los modelos de traducción, que se deben elegir según la situación a la cual se enfrenta el traductor.

3.1. Modelos de traducción

Los modelos mencionados en *¿Qué es la traducción?* se pueden colocar aquí, para aportar explicaciones de cómo se puede manifestar la traducción. Se los recuerda brevemente antes de comentarlos: “la transcripción”, “la traducción literal”, “los prestamos traducidos”, “la sinonimia léxica”, “la transposición”, “la modulación”, “la contracción”, “la expansión”, “la reestructuración”, “la modificación” (Parkinson, 1984: 107-109)

La transcripción consiste en recopilar de la misma forma el original en el texto traducido. En estos casos, suelen ser palabras que no tienen estricta equivalencia en la lengua de destino y que no se pueden sustituir sin perder su sentido pleno. Pueden ser nombres o siglas de organismos, por ejemplo, sobre todo en la política. En estas situaciones, el traductor puede elegir añadir o no en nota una traducción equivalente o una breve explicación para que el lector entienda de que se trate.

La traducción literal se hace de palabra a palabra, y si algunas veces se traduce literalmente una frase, puede resultar en una falta de sentido y con una sintaxis muy aproximativa.

Los préstamos traducidos son, principalmente, nombres de instituciones que solo pueden emparentarse a la cultura de origen o que no existen en la cultura de llegada. Los partidos políticos, ciertas siglas de organismos nacionales, instituciones sociales o políticas son en general los términos concernidos por este tipo de traducción.

La sinonimia léxica es un elemento bastante delicado sobre el cual se puede rápidamente engañar. Al traducir ciertas palabras, se las sustituye por sinónimos, pero hay que cuidar del sinónimo que se elige porque no tiene la misma significación, sino que tiene matices diferentes.

La transposición ocurre cuando dos términos pueden estar colocados en dos lugares diferentes en una misma oración y que, según esta posición, cambian el sentido de la misma frase. En clases de lengua, se toma por ejemplo la frase: “es un pobre hombre”. No quiere decir lo mismo si se intercambian el adjetivo y el sujeto: “es un hombre pobre”. En la traducción, puede suceder exactamente igual y hay que tener cuidado durante la traducción y la revisión.

La modulación consiste en sustituir en una frase un valor o un concepto cuya visión cambia entre dos culturas.

La expansión y la contracción ocurren cuando se deben añadir o suprimir ciertos elementos en una frase. Pueden ser elementos gramaticales, por ejemplo.

La reestructuración se produce cuando una oración, al traducirse, resulta demasiado larga y pesada y que conviene o bien convertirla en dos frases distintas, o bien reformularla para que no sea tan compleja como en su origen.

La modificación es, ni más ni menos, un cambio hecho entre el original y la traducción. El traductor suele indicar esta modificación en las notas de la obra y en general este caso se presenta para que el sentido de una frase sea más claro. Se puede decir que conciernen los conceptos o referencias históricas que no se conocen por el lector de la obra traducida (Parkinson, 1984).

4. La revisión

No se debe descuidar la fase de verificación: una vez acabada la traducción, se la lee de nuevo para ver si todo tiene sentido, por una parte, y si se adecua al original, por otra. La verificación no se debe hacer por sí sola, porque muchas veces cuando se escribe algo, cualquier cosa que sea, la impresión y la valoración de este trabajo se altera. En general, son las editoriales las que se ocupan de verificar el final; una explicación a esto sería que tienen una visión más objetiva y que son ellos los que van a publicar el trabajo cumplido, tienen un derecho de vista y de opinión sobre la traducción. Los autores mismos no siempre acuden a la traducción final antes de que se publique.

5. La edición y la difusión

La publicación y la difusión siguen los procesos de las casas editoriales. Lo que nos interesa en esta fase, es el papel del traductor o mejor dicho su visibilidad. En las traducciones, se presta mucha atención al autor que escribió la obra y se oculta muchas veces el nombre del traductor. El público no le presta atención y este hecho se explica porque no conocen a este traductor, es como un trabajador de las sombras. Es totalmente normal que se valore más el autor, pues es el quien escribió el libro, pero ¿es legítimo no valorar el trabajo del traductor? Porque su trabajo es muy extenso, difícil, pide mucho tiempo, recursos e implicación, no solo profesional sino personal. Ha traducido una obra y es gracias a él que pueda resultar una traducción de calidad (no en todos los casos, pero se necesita de todo para hacer un traducción digna) que se pueda leer en una lengua en particular. Participa en la difusión de la obra en el mundo, aunque se considere como un proceso, una etapa, como la de impresión.

VI. PROBLEMAS Y DIFICULTADES

1. Entender el texto

Al hablar de la primera lectura del texto, hemos dicho que entender el texto era esencial. ¿Cómo se podría traducir un texto cuando no se resiente nada al leerlo y cuando no se da cuenta del lugar al que el autor quiso llevar al lector? Entender la trama, el fondo de la historia, es un elemento fundamental. No se vendría a la mente de alguien hacer un ejercicio de matemáticas si no se conocen ni las fórmulas, ni las cifras y lo mismo se podría trasponer a la traducción literaria. Más allá de la comprensión del texto en general, entender la estructura del texto, los tiempos, las etapas por las cuales ha pasado el autor, es inevitable para fomentar una base de trabajo sólida, sobre la cual va a apoyarse la traducción.

Una vez leída y entendida la obra, se puede emprender la traducción que desencadena varios problemas o dificultades.

2. Traducir el textos

A propósito de las dificultades que presenta la práctica de la traducción, Montes escribe que:

Al margen de los componentes métricos, entre los escollos más habituales que ha de esquivar el traductor de obras literarias enumeramos algunos de los que han sido destacados tradicionalmente: a) La presencia de modismos, refranes o frases hechas, b) las aliteraciones, onomatopeyas y trabalenguas, b) la dilogía, c) la oligosemia, d)

las variantes diastráticas o diatópicas, e) los hechos de estilo, y f) los nombres propios.
(2008, 161)

La lengua es una herramienta única, original y su contenido se diferencia de otra lengua por varias características. No siempre existen equivalencias entre dos lenguas, por falta de vocabulario. Por lo tanto, hay que encontrar una solución, sin suprimir el elemento que no se puede traducir, recurriendo a veces a paráfrasis. Estas no deben ser sistemáticas, pero existen casos en los cuales es imprescindible recurrir a este método. Eco escribe a este propósito lo siguiente:

Si la traducción concerniera sólo a las relaciones entre dos sistemas lingüísticos, deberíamos estar de acuerdo con los que sostienen que una lengua natural impone al hablante una propia visión del mundo, que estas visiones del mundo son recíprocamente *inconmensurables* y que, por lo tanto, traducir de una lengua a otra nos expone a accidentes inevitables. (2008: 28)

2.1. *Homonimia, polisemia, sinonimia*

Ciertas palabras, homónimos entre dos lenguas distintas, se pueden prestar confusión. Alguno traductores, enfrentándose a este caso piensan que una palabra quiere decir lo mismo que en otra lengua, porque se escribe igual, su posición sintáctica es la misma, tal y como su función gramatical. Son en realidad lo que se llama “faux amis” y que, de hecho, no tienen el mismo peso léxico. Más allá de la grafía y sintaxis, las palabras pueden tener varios sentidos que pueden ser desconocidos del traductor. Esta polisemia puede conducir el traductor a errores en su trabajo. Si desconoce la palabra que quiere traducir y que la busca en un diccionario, puede enfrentarse a distintas definiciones, entre aquellas debe elegir un sentido. Toma el riesgo de orientar una frase en un sentido erróneo, de lo cual se desencadena una serie de confusiones en el texto. En el caso de la sinonimia, ocurre el mismo problema. Eco escribe que debemos pasar

por alto el hecho de que el uso de un sinónimo u otro pueda connotar diferencias de educación y extracción social de modo que, en una novela, atribuirle a un personaje un uso u otro puede contribuir a trazar su perfil intelectual y, por lo tanto, indicaría en el sentido o significado global de la historia relatada. (2008: 22)

Y, de hecho, no pensamos que al elegir un sinónimo frente a otro, se incide en la característica de un personaje, sobre el plan diastrático, diatópico, diafásico. Estos

elementos influyen directamente en el sentido de la obra y pueden orientar al lector en una dirección distinta del original.

2.2. *Conceptos y valores*

Eco escribe en su libro lo que aquí copio:

Según Quine, es difícil establecer el significado de un término (en una lengua desconocida) incluso cuando el lingüista señala con el dedo un conejo que está pasando y el indígena pronuncia *gavagai!* El indígena, ¿quiere decir que ése es el nombre de ese conejo, de los conejos en general, que la hierba se está moviendo, que está pasando un segmento espacio-temporal de conejo? La decisión es imposible si el lingüista no tiene informaciones sobre la cultura indígena y si no sabe como categorizan los nativos sus experiencias, si nombran las cosas, partes de cosas o acontecimientos que en su conjunto comprenden también la aparición de una determinada cosa.” (2008: 28)

Los conceptos no son siempre iguales de una lengua a otra: ¿cómo se considera por ejemplo la vida? En ciertas culturas, se preconiza cuidar por su salud, que sea física o mental, por un conjunto de meditaciones, de reconexiones, aunque en otras culturas se cuidará de plantearla de forma distinta. Son conceptos o visiones del mundo diferentes, tal y como los valores que cada uno tienen. Entre el original y la traducción, el traductor puede oscilar entre traducir estos conceptos o valores adaptándoles a la cultura a la que se dirigirá la traducción. Si las dos culturas no abordan ciertos conceptos de la misma manera, el traductor puede preguntarse si debe adaptar los conceptos a la visión de una cultura y cómo podría alcanzarlo. Aquí se ve la importancia del trabajo de investigación y de información sobre la cultura de origen y de destino. Un texto que incluye la sustitución de un valor por otro entre el original y la traducción será más o menos entendido o aceptado por los lectores de la versión traducida si este mismo valor se adecua con los pensamientos ligados a su cultura.

2.3. *Colores*

Eco expone en su libro la sutileza que presenta la traducción de los colores. Por poco que se hable de un color poco común, ¿cuáles son las denominaciones de esas colores en la segunda lengua? Eco dice: las “civilizaciones distintas segmentan el *continuum* cromático de maneras dispares, hasta el punto de que parece imposible traducir un termino de color comprensible en la lengua Alfa a un término de color típico de la lengua Beta” (2008: 30). Expone en su libro

que las civilizaciones antiguas tenían sus propios términos para hablar de un color. El verde, según sus matices, podía estar aparentado a otros colores como el azul en una civilización y el amarillo en otra, pero estaba considerado como proveniente de un solo color, no como un color independiente. Hasta ahora existen muchas denominaciones y, además de esta complejidad, interviene la propia visión del traductor que considera por ejemplo que el índigo es azul, y que, según él, conviene traducir “azul” sin dejar constancia del matiz colorimétrico. Los colores son un buen ejemplo al hablar de los matices de la lengua y de las dificultades a las que puede enfrentarse el traductor en su trabajo. No es fácil aunar las visiones de una cultura y otra, las elecciones de un autor y sus propias visiones.

2.4. *Nombres propios*

Cuando se traduce de una lengua a otra y que se distancian tanto por su cultura, se puede preguntar si se deben traducir los nombres de personas o de lugares. Muchas veces, se adaptan esos nombres propios a la lengua de destino, aunque ciertos traductores eligen conservar los nombres que figuran en el original. En general, los nombres de lugares se adaptan, son los nombres y apellidos que desencadenan un dilema. Si un nombre y un apellido se nacionalizan o sea se adaptan a la lengua de destino, se podrían perder ciertos sentidos como la nacionalidad del personaje y todo el peso del texto original. Depende, en este caso, de las lenguas a las que se traducen y las de origen. En el caso de una traducción hacia el español, por ejemplo, se conservará más fácilmente un nombre alemán escrito en alemán si es la lengua en la que es escrito el texto original, mientras que en el caso de un original francés, los nombres y apellidos se adaptarán al español con más espontaneidad.

2.5. *Lengua extranjera dentro del discurso ficticio*

¿Cuántas veces en un libro escrito, por ejemplo en español, se encuentran expresiones inglesas? Pocos lectores se preguntan al leer la historia si en el original esta misma frase estaba escrita en inglés, si toda la obra estaba en inglés. Los traductores que se enfrentan a este tipo de dificultad tienen muchos problemas para encontrar una solución. Resulta muy interesante ver cómo, de un idioma a otro, se transmiten elementos culturales por la integración de frases en lengua extranjera directamente en el discurso de la obra. Se tomará aquí un ejemplo que figura en *Decir casi lo mismo* (2008), porque ilustra perfectamente el dilema ante el cual puede estar el traductor:

[...] supongamos que en una novela inglesa un personaje dice *It's raining cats and dogs*. Sería un simple el traductor que, pensando que está diciendo lo mismo, lo tradujera literalmente como *llueve a cántaros* o *Caen chuzas de punta*. Ahora bien, ¿qué pasaría si se tratara de una novela de ciencia ficción, escrito por un adepto de las denominadas ciencias “fortianas”, que relatara que, de verdad llueven perros y gatos? Se traduciría literalmente, de acuerdo. ¿Y si el personaje estuviera yendo a ver al doctor Freud para contarle que sufre una curiosa obsesión por perros y gatos, por los que se siente amenazado incluso cuando llueve? Seguiría traduciendo literalmente, pero se perdería el matiz de que el Hombre de los Gatos también está obsesionado por las expresiones idiomáticas. ¿Y si en otra novela el que dice que están lloviendo perros y gatos fuera un estudiante de inglés de la Academia Berlitz que no consigue sustraerse a la tentación de adornar su discurso con deplorables anglicismos? Si hubiera que traducirlo literalmente, en este caso al inglés, el lector profano no entendería que se está usando un anglicismo. ¿Cómo se vertería esa pose anglicizante? ¿Debería cambiársele la nacionalidad al personaje y hacer que se convirtiera en un inglés con poses italianizantes?, ¿o en un obrero de Londres que ostenta sin éxito un acento de Oxford? Sería una licencia insoportable. ¿Y si *It's raining cats and dogs* lo dijera, en inglés, un personaje de una novela francesa?, ¿cómo se traduciría al inglés? (2008: 8)

La solución que va a elegir el traductor va a depender de una serie de rasgos. Para determinarlos, puede preguntarse: ¿en qué lengua fue escrito el original? ¿en qué lengua se debe traducir? ¿la lengua en la que se traduce admite los extranjerismos, está acostumbrada al uso de la lengua de origen, la entiende? ¿cuál es el lector al que se dirige la obra? ¿cuáles son las características que se quieren dar al personaje que pronuncia este discurso? Son tantos cuestionamientos que permiten aclarar la situación y permitir al traductor tomar una decisión. En este proceso, puede consultar al autor para poder elegir una traducción u otra ayudado por la perspectiva del autor mismo.

2.6. *Refranes y expresiones idiomáticas, extranjerismos y préstamos*

Continuando en la misma óptica que el ejemplo puesto arriba, se pueden abordar los extranjerismos y los préstamos de la misma manera. Si son extranjerismos adaptados a la lengua de destino, ¿el traductor debe remplazar, adaptar, estos elementos? Siempre dependerá del contexto que quiere dar a la obra.

Las expresiones idiomáticas, tal y como los refranes, son difícilmente traducibles. Son elementos propios a una lengua, una cultura y no se puede sino sustituirlos por paráfrasis.

VII. INFLUENCIA DEL TRADUCTOR

¿Los traductores influyen sobre la popularidad de un libro? ¿Sobre la opinión que tienen los lectores de una obra? El traductor se debe de estar imparcial en un cierto grado: no debe suprimir o modificar una obra para que se plegue a su opinión o la de su cultura. ¿Cuántos lectores han dejado la lectura de su libro (traducido) porque les parecía insípido? ¿Pero una buena o mala traducción no se juzga solamente según sus propios criterios? Un lector no es parecido a otro. Con su carácter, sus experiencias, su cultura, sus valores, su estado en el momento en el que lee la obra influyen sobre su opinión en cuanto a esta. Cualquier libro leído a una etapa de su vida no va a considerarse de la misma manera si se lo lee años más tarde.

En el caso de la traducción, el hecho es que además de un género, un autor, una historia que le gusta más o menos a un lector, la calidad o las elecciones del traductor durante su trabajo influyen directamente sobre la opinión del lector. Si se toma un libro que se ha traducido tres veces en una misma lengua, pero con tres traductores distintos, no será exactamente la misma obra, tendrá elementos muy personales, o por lo menos únicos, que les permiten diferenciarse los unos de los otros. Estas tres traducciones, potencialmente, no tendrán los mismos aficionados. Los lectores van a preferir una u otra traducción, sin por lo menos explicar por qué o decir cuales elementos han preferido en un libro u otro, a veces no identifican las diferencias de manera clara, pero resulta claro que prefieren un ejemplar a otro. Se puede también hablar, aquí, de la influencia del traductor en un libro en un periodo histórico concreto. Si el dirigente de un país quiere influir sobre la mente de su población, pero de manera escondida, imperceptible, ¿la traducción literaria no es un buen medio para transmitir valores y visiones elegidas por este dirigente?

El traductor, que sea por obligación o por deseo de servir las intenciones de un gobierno, puede hacer lo necesario durante su trabajo para sustituir elementos, suprimirlos o modificarlos para orientar un personaje o una situación en una dirección determinada, que se adecua a la visión del gobierno. En nuestra sociedad, es menos fácil de engañar a la gente, gracias a la escolaridad, al aprendizaje, las personas tienen más conocimientos que antes y, al aprender una lengua, pueden llegar a detectar pasajes modificados deliberadamente por un traductor, pero por eso deben acudir al original. En nuestro siglo, la prensa, la difusión de las informaciones pretenden advertir a las poblaciones de lo que pasa en el mundo, pero muchas veces, estos medios de comunicación o bien transforman las informaciones o bien las ocultan en parte. Se transmite lo que se quiere transmitir.

Bajo la pretendida libertad de expresión, se esconden muchas cosas: todo no puede o no debe decirse y ciertos gobiernos, aunque defienden este derecho y esta libertad, controlan lo

que se difunde a la población por los medios de comunicación. Frente a esto, la literatura fue, en varios casos, un medio por el cual se difundieron opiniones, informaciones que permitieron advertir a la población de que fuera engañada. La literatura fue un medio de comunicación mucho más libre que la prensa y también mucho más eficaz. Aunque existiera la censura, fue una manera de liberar la palabra sobre asuntos que se ocultaban. El papel de los traductores en estos contextos es importante porque controlan las palabras que figuran en el original y en la traducción, pueden orientar los pensamientos del lector mediante el uso de la lengua y es un poder que no se valora por los lectores.

VIII. HERRAMIENTA INTERNET

Cuando se generalizó y se perfeccionó Internet y la informática, empezaron a emerger varios programas que permitieron a los usuarios ir más rápido en la búsqueda de informaciones al mismo tiempo que surgieron plataformas o herramientas que facilitaron ciertos trabajos como la corrección gramatical o la traducción. Internet reúne una suma impresionante de informaciones, les codifica y les pone a disposición al usuario que debe aprender manejar de manera eficaz esta herramienta. Revolucionó el modo de vivir y de trabajar de casi toda la gente y sería impensable hoy en día pasarse de su uso. Parece tan eficaz que, ante una duda, ciertas personas prefieren pasarse de sus conocimientos personales para poder resolverla y acuden directamente a Internet. No piensan en abrir un diccionario, un manual o cualquier otro libro, tampoco piensan en pedirle a alguien ayuda, y prefieren hacer más fácil el trabajo buscando en Internet.

No es malo querer simplificarse la vida, pero van automatizando estas búsquedas y se olviden las otras maneras de trabajar y de informarse. Este fenómeno se extiende a la escritura: ¿cuántas personas siguen privilegiando la escritura manual a la informatizada? Por cierto, los aparatos electrónicos permiten ahorrar mucho tiempo, se escribe más rápidamente, se corrige automáticamente los errores ortográficos, sintácticos, gramaticales sin que intervenga la persona que escribe. Una vez más, no es una mala cosa utilizar estos medios, son útiles, eso no puede negarse. Pero ¿no se podría conjugar los avances tecnológicos y las prácticas más “clásicas”, que serían escribir a mano, buscar una información en libros, comunicar directamente con alguien en vez de acudir a Internet?

En la traducción moderna, es muy interesante hablar de los recursos que se utilizan para traducir textos literarios. De hecho, Internet permite consultar diccionarios bilingües en línea, lo que da cierta rapidez cuando se quiere por ejemplo hablar con alguien sin entender su lengua: no se necesita tocar un diccionario en formato papel y buscar, página a página, la palabra que

se quiere traducir. En las plataformas de traducción en línea como Google traducción o WordReference, basta con escribir la palabra que se quiere traducir y ofrece una cierta cantidad de informaciones como la traducción, la conjugación, sinónimos, antónimos y ciertas expresiones idiomáticas que son ligadas a esta misma palabra. ¿Pero en el caso de la traducción literaria hasta qué punto ayudan estos diccionarios en línea?

Estos tipos de diccionarios bilingües, consultables en Internet, ayudan al traductor ahorrar más tiempo cuando busca las traducciones posibles de una palabra. Como lo hemos dicho ya, el traductor conoce bien, supuestamente, las dos lenguas: la que se traduce y en la que se traduce, pero con respecto a ciertas palabras, puede dudar a causa de su polisemia, homonimia, sinonimia, por ejemplo. En estas ocasiones, se debe de buscar la traducción adecuada para esta misma palabra. Pero si debía acudir a varios diccionarios para una sola palabra, le pidiera mucho tiempo, tiempo que podría dedicar a expresiones enteras, por ejemplo. Además de ganar tiempo, ciertos diccionarios en línea no se contentan de dar una equivalencia a la palabra que se busca, sino todos (o en gran mayoría) los sentidos que se vinculan a una palabra; y todo esto en la misma página.

Existen algunas plataformas que se encargan de traducir un texto literario, pero ¿cuál es su eficacia? Las traducciones que se hacen mediante plataformas o internet se dividen por una parte por las traducciones automáticas y por otra, las traducciones asistidas por ordenadores.

[...] desde mediados del siglo XX se han hecho intentos más o menos exitosos de construir maquinas traductoras que permitan sustituir total o parcialmente a los traductores humanos. Por ello actualmente se hacen clasificaciones de la Traducción en las que el parámetro a tener en cuenta es el grado de automatización de la misma. Es en este contexto en el que aparecen los conceptos de Traducción Automática (TA) y Traducción Asistida por Ordenador (TAO). (Recorder, 2003)

Son recursos que pretenden ayudar al traductor, pero ¿se puede remplazar el pensamiento, las experiencias y las competencias de un ser humano? Esas plataformas en realidad recogen palabras, expresiones entre varios otros elementos útiles en varias lenguas, lo que permite, al entrar un texto en una lengua determinada en esa plataforma, que se traduzca el texto interrogando todas las informaciones que se recogen en internet.

Muchas veces, por lo tanto, se producen fallos: ¿cómo saber si se trata de ironía, por ejemplo? Un traductor va a revisar esa traducción una vez que está hecha, pero ¿no lo puede engañar este recurso además de facilitarle el trabajo? Como recurso, Internet, hasta esta hora, no puede pretender acceder a una experiencia que permita juzgar de la sutiles del lenguaje. No

puede sino ayudar a traducir las parte puramente ordenadas de un texto con los conectores, la conjugación, la sintaxis. Y hasta esta última puede ser traducida de manera incorrecta. Como Eco expone en su libro *Decir casi lo mismo* (2008), cuando se traduce de una lengua a otra se puede intentar traducir de nuevo, al inverso, para comprobar la calidad y la validez de esta misma traducción, o mejor, se la puede traducir de nuevo, pero en otra lengua. Es un ejercicio que permite valorar toda la sensatez que requiere una traducción y a la cual no puede acudir un elemento informatizado.

Las plataformas como Babel Fish, de la cual habla Umberto Eco en *Decir casi lo mismo* (2008) aporta pruebas de lo que se acaba de decir. Según el autor, esta herramienta es eficaz, pero en ciertos grados: no se puede pasar de la verificación por el traductor porque esta herramienta no tiene en su programa todos los grados de contextualización que se aplican a la hora de elegir entre dos opciones de traducción para un mismo termino. No puede presentar errores de traducción en el punto de vista gramatical, sintáctico, lingüístico, pero sí en el sentido de una frase traducida. El traductor, cuando cumple su labor, va a elegir entre dos sentidos, dos términos que tienen un matiz diferente según a situación que se presenta, aunque una herramienta como BabelFish no puede incidir en esta elección.

No hay que temer la utilización de tales soportes, pero, por lo tanto, no hay totalmente que confiar en ellos: los textos literarios necesitan poesía, ritmo, musicalidad, armonía, un cierto cuidado que no puede sino aportar solo el ser humano.

IX. RESULTADOS Y CONCLUSIÓN

La traducción, tal y como la literatura, es un arte difícil de realizar. La literatura por llevar un lector al mundo que se ha creado, inventado, y la traducción por recrear este mismo mundo que otro ha inventado. Estos dos asuntos forman un mundo por sí solos al tener tantas cosas que comentar sobre cada uno. Si se puede afirmar que, de manera separada, cada elemento reúne numerosas visiones, opiniones, el hecho de que una vez reunidos en la traducción literaria, desembocan en el mismo número de interrogaciones y opiniones. De manera general, la traducción es un arte delicado, pero se vuelve aún más complicado aplicado a la literatura que pide más atención que una traducción técnica o jurídica. El vocabulario muy extenso recogido por todas las lenguas puede parecer estar el obstáculo principal para el traductor, aunque otros elementos se ponen al mismo nivel que este problema de léxico.

Se puede imaginar la traducción literaria bajo dos ángulos: una forma de traducción más libre que las otras por la posibilidad de elegir entre un vocabulario extenso y al mismo tiempo una traducción más compleja que las otras por deber recrear al (casi) idéntico una obra en una

lengua distinta del original. Son dos conceptos antepuestos, la libertad al mismo tiempo que un cierto rigor, que el traductor, en su trabajo debe negociar. Si nunca se intenta traducir un texto literario, no se puede apreciar toda la dificultad que representa una tal tarea. Primero, porque la mayoría de la gente no piensa en todas las etapas que forman el proceso de traducción, luego, porque la traducción no consiste en leer una frase e ir traduciendo palabra a palabra.

Todos no pueden pretender a estar traductores literarios. Aunque pueden formarse, trabajar, ciertas personas ofrecerán traducciones literarias en aquellas cualquier lector podrá detectar errores. Errores léxicas, sintácticas, gramaticales. Las palabras tienen cada una un cierto peso, y en la mente del lector, dos sinónimos no tendrán las mismas repercusiones sobre la continuación de su lectura. Son las prevalencias de unas palabras sobre las otras que pueden, en un segundo, cambiar toda la comprensión y la impresión de una obra para el lector.

Estos hechos expuestos, se ve todo el trabajo que pide una traducción literaria. Los traductores se implican mucho en su trabajo y por lo tanto no son reconocidos como se lo debería. No se está diciendo que se debe ocultar el autor en provecho del traductor, al contrario, se debe seguir dando visibilidad al autor, pero por lo tanto no se debe olvidar totalmente la persona gracias a quien exista una traducción. Muchas veces, el traductor se devuelve en un medio de transmisión literaria y no se lo considere como una artista a propiamente dicho. Aunque las dificultades que afronta y los conocimientos y esfuerzos que invierte en la traducción debería estar reconocidos por las editoriales, los lectores y el autor mismo, sin por lo tanto negar la propiedad del autor y su papel principal en la obra.

La sociedad actual y la tecnología en la que evolua conduce a tratar del uso y del papel de Internet en la traducción literaria. El punto hasta el cual llegó el mundo impide que se deje de utilizar totalmente Internet, pero desde un cierto punto de vista, no hay tampoco que consagrarse totalmente a esta herramienta útil y eficaz. Se inventan muy regularmente maneras de ganar tiempo, de mejorar su productividad, con el uso de las tecnologías, por ejemplo, pero se olvidan también todas las competencias que tiene el ser humano. Durante veinte siglos ha podido satisfacer sus propias necesidades, ha podido trabajar, con ciertas dificultades, pero nunca ha abandonado el pensamiento que fuera imposible realizar lo que quería. Con el uso de las tecnologías, se automatiza el recurso a los móviles, los ordenadores, las máquinas, aunque ciertas tareas podrían realizarse de manera por lo menos tanto eficaz que estas herramientas.

Lo que quiero subrayar aquí es el ejemplo de la traducción literaria mediante el uso de internet que ilustra muy bien la alianza entre las competencias humanas y técnicas. Aunque se utilizan herramientas que traducen automáticamente un texto, es obligatoria la intervención del ser humano para verificar y modificar esta misma traducción para que sea no solo correcta, sino

que adecuada y equivalente al original. Es la conjunción entre la facilidad, la ayuda de los ordenadores y la obligatoria presencia del ser humano con sus conocimientos, sus experiencias. El arte de la traducción literaria debe residir en hacer olvidar al lector que se trata de una traducción.

X. BIBLIOGRAFÍA

Cañada, L.M. (2016). *Escuela de traductores de Toledo memoria de actividades 2000-2009*. Recuperado el 05 de mayo de 2019 de: <http://blog.uclm.es/escueladetraductores/files/2016/10/Memoria-de-actividades-ETT-2000-2009.pdf>

Cortés Gabaudan, H. (2010). “Amor a la literatura o Decálogo del traductor literario”, *La linterna del traductor*, (4). Recuperado el 25 de mayo de 2019 de: <http://www.lalinternadeltraductor.org/n4/decalogo-traductor-literario.html>

dle.rae.es. Recuperado el 03 de marzo de 2019 de: <https://dle.rae.es/?id=CAqcPwE>

Eco, U. (2008). *Decir casi lo mismo*. Barcelona: Lumen.

Eurrutia Cavero, M. (1996). “Literatura y traducción, problemas que plantea y situación actual”, *Aproximaciones diversas al texto literario*, 445-458. Recuperado el 15 de mayo de 2019 de: <file:///C:/Users/Proprietaire/Downloads/Dialnet-LITERATURAYTRADUCCIONPROBLEMASQUEPLANTEAYSITUACION-3204048.pdf>

Gómez García, C. (2003). *El traductor literario: ¿traidor o traicionado? (la traducción de textos literarios de lengua alemana en España)*. Recuperado el 20 de mayo de 2019 de: <http://www.cesfelipesecondo.com/revista/Articulos2003/Articulo11.pdf>

Montes Doncel R.E. y Rebollo Avalos M.^a J. (2008). En la encrucijada de la traducción literaria actualización bibliográfica y aplicaciones didácticas. *Revista de filología*. Recuperado el 18 de abril de 2019 de: <file:///C:/Users/Proprietaire/Downloads/Dialnet-EnLaEncrucijadaDeLaTraduccionLiteraria-2571714.pdf>

Morató, Y. (2010). “A vueltas con el traductor literario; una reflexión sobre sus competencias”, *La linterna del traductor* (4). Recuperado el 25 de mayo de 2019 de: <http://www.lalinternadeltraductor.org/n4/traductor-literario.html>

Núñez, E. (1952). “Proceso y teoría de la traducción literaria”, *Cuadernos americanos* (11:2). Recuperado el 17 de febrero de 2019 de: [file:///C:/Users/Proprietaire/Downloads/proceso-y-teoria-de-la-traduccion-literaria%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Proprietaire/Downloads/proceso-y-teoria-de-la-traduccion-literaria%20(1).pdf)

Parkinson de Saz, S. (1984). “Teoría y técnica de la traducción”. *Boletín de la Asociación Europea de Profesores de Español* (31), 91-110. Recuperado el 11 de marzo de 2019 de: file:///C:/Users/Proprietaire/Documents/TFG/Textes/es/lus/boletin_31_16_84_11.pdf

Puerta, B. (2017). “La historia de la traducción”, *Lema traductores*. Recuperado el 20 de febrero de 2019 de: <https://www.lematraductores.com/blog/la-historia-de-la-traduccion/>

Recoder, M.^a J. y Cid, P. (2003). *Traducción y documentación: cooperar para difundir la información*. Recuperado el 15 de abril de 2019 de <https://www.upf.edu/hipertextnet/numero-1/traduccion.html#1>